

HOMBRES DE CRISTAL

**Un viaje de incógnito
al interior de la
machosfera**

Prólogo de Roy Galán
Traducción de Lucía Barahona Lorenzo

JAMES BLOODWORTH

Título original: *Lost Boys*

© James Bloodworth, 2025

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© De la traducción: Lucía Barahona Lorenzo

Traducción del prefacio: Ned Ediciones

© Diseño de cubierta: Jack Storey

© Imagen de cubierta: Alamy

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: octubre, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP

www.moelmo.com

«Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura»



ISBN: 979-13-87967-29-1

Depósito Legal: B 18618-2026

Impreso en Sagrafic

Impreso en España - *Printed in Spain*

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones

www.nedediciones.com

A mi abuela (1929-2022)

ÍNDICE

Prólogo. No hay amor sin admiración. <i>Roy Galán</i> . .	15
Prefacio	23

PRIMERA PARTE

La píldora azul

1. El <i>body count</i>	31
2. El regreso de la bestia	65
3. Hombres enfadados de internet	89
4. Los diez mandamientos del juego	101

SEGUNDA PARTE

La píldora roja

5. Orígenes de la píldora roja	111
6. <i>Make Men Great Again</i>	129
7. «La guerra es inminente»: La historia de Lyndon McLeod	145
8. Esperando al César	165
9. Entreacto	187

TERCERA PARTE

La píldora negra

10. Hombres de Acción	193
11. <i>Alpha Fucks, Beta Bucks</i>	223
12. Hombres sobrantes	247
13. <i>Top G.</i>	281
Epílogo	303
Agradecimientos	321
Notas	323

La Machosfera: un conjunto heterogéneo
de sitios web, blogs y foros en línea masculinista.¹

«Solo siendo terribles evitan ser cómicos».

C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*

PRÓLOGO:

NO HAY AMOR SIN ADMIRACIÓN

Roy Galán

A menudo pienso que, más que con una introducción, el hecho de escribir un prólogo tiene que ver con cuidar íntimamente de algo. Pensemos que alguien que no eres tú te deja algo muy importante, para que lo tatúes, porque qué es la palabra escrita (y editada) sino un tatuaje eterno que no puede ser borrado con nada, y cuya importancia se revela especialmente en un tiempo como el de hoy, cuando se puede borrar (o bloquear) todo. Aquí, si te arrepientes de lo escrito, ya está todo dicho, visto para sentencia. Diría que es la misma responsabilidad de quien te deja un hijo a su cargo una tarde o que le riegues las plantas en verano. Algo depende de ti y alguien confía en ti. He de decir que (creo) se me da mejor escribir prólogos que cuidar de los hijos de los demás o las plantas en casas ajenas. Alguna muerte (de plantas, no de hijos) cargo sobre mis espaldas. Pero no nos entretengamos y volvamos a hablar de esta hermosa confianza depositada entre seres humanos. A mí los libros sobre masculinidades me despiertan, por el contrario, una doble desconfianza que se relaciona con la forma y el fondo. La primera se relacionaría con la forma y tiene que ver con la pregunta de *para*

qué está escrito un libro. ¿Puede el libro ser comprendido y, por tanto, tiene una vocación popular, es decir, transformadora? Esto me lo pregunto porque a menudo las cuestiones que tienen que ver con el género quedan sustraídas del discurso público para ser exhibidas en vitrinas académicas que buscan el aplauso de sus iguales. Esta parte del pensamiento tiene que existir, claro, pero que se quede ahí, en un lugar inalcanzable, con un tema como el género con el impacto que tiene en nuestras vidas, resulta injusto. ¿Quién pondría las tiritas en el último estante de un mueble al que no se llega ni de puntillas? Pues hay gente (alta o con una escalera) que lo hace para resultar muy imprescindible cuando alguien se corta. La segunda desconfianza relacionada con el fondo tiene que ver con la pregunta de *para quién* está escrito un libro. ¿Para que la persona que lo ha escrito salga reluciente de un lodazal de mierda y señale cómo los demás siguen revolcándose en ella? Suele suceder que los ejercicios de separación y señalamiento del otro esconden una mala gestión de la culpa. De nada sirve echarle la bronca a los demás como si uno no formara parte de la vida o como si hubiera trascendido a un nivel superior. Además, esta supuesta liberación no puede darse solo con uno mismo. Uno no puede liberarse del «mal» para ser el «bien», básicamente porque sabemos que el mundo no funciona de esta manera: las personas nunca somos ni enteramente malas ni enteramente buenas. Podemos aprender, cuestionar, equivocarnos y cambiar, claro, pero lo hacemos siempre con los demás, de manera relacional. Tú no puedes deconstruirte en una esquina con un manual de instrucciones, porque los seres humanos estamos contruidos con la mirada de los otros. El otro, incluso aquel que crees que está más alejado de ti, el que crees que es más imbécil, el que ideológicamente está en las antípodas, también forma parte de

ti, porque también podrías ser él si hubieras nacido en otro lugar, con otra familia o hubieras sufrido más o menos, quién sabe. Podríamos ser nuestro vecino, nuestro jefe, nuestro hermano, nuestro amigo o cualquier desconocido pagando su frustración odiando en internet. No podemos olvidar jamás este extremo. Esto no equivale a justificar el daño que una persona le hace a otra, (la responsabilidad personal siempre existirá), lo único que quiere decir es que necesitamos comprender las razones de esa agresión, aquello que nos lleva a hacer lo que hacemos, para intentar prevenirlo. He de decir que, para mi confianza y alegría (y la de las personas que vayan a leer este libro), James Bloodworth ha escrito un libro que se entiende (por lo que podrá servir para algo) y que además, en su acercamiento crítico, no deja de lado la comprensión hacia esos hombres tristes y violentos que hoy conforman lo que hoy entendemos por machosfera (por lo que no alejará a quien de verdad sirva el libro). No los victimiza, simplemente los humaniza. Es decir, el autor ni se hace el listo ni se hace el bueno, cosa que se agradece mucho. No hay entre sus palabras un mesías con un guion o con un látigo, tan solo alguien que puede regresar a un sitio del que salió para contar qué ha pasado desde que se fue. ¿Cómo si no se podría escribir de manera honesta?

Lo que hace de manera honesta este libro con su investigación es justo lo que no hizo, a mi parecer, la serie *Adolescencia* de Netflix. Para quien no haya visto la serie (uno de los fenómenos más *mainstream* que pueden haber acercado conceptos como el de la machosfera o los *incels* al gran público), se narra el caso de Jamie, un adolescente detenido y acusado por haber asesinado a su compañera de clase Katie. Durante el transcurso de la serie se revela que Jamie estaba influenciado por discursos de odio y misoginia en Internet. La serie es estupenda como

ficción, pero resulta bastante problemática en su propuesta en torno a las masculinidades, porque es profundamente sensacionalista en su tratamiento. El formato *thriller*, que se acerca casi al *true crime*, hace que se produzca una detención de Jamie en mitad de la noche, sin dar ninguna explicación, porque si se da una explicación, se mata el suspense, para acabar concluyendo que detrás de la puerta de su habitación se estaba cocinando una suerte de monstruo inevitable y que los culpables eran INTERNET (así en mayúscula, claro) y la desatención de los progenitores y del sistema educativo. Lo único que generó esta visión efectista fue un lógico terror en un público que empezó a temer que a su niño, ese al que le habían dado de comer potitos, al que se le había caído el primer diente, ese que habían dejado en su primer día de colegio, acabara convertido en un asesino, como si el mal, el hombre del saco o el flautista de Hamelín, te lo robaran para siempre. La serie no ofrece ninguna esperanza (es una decisión libre el no hacerlo) y tampoco ahonda en las razones que pueden llevarte a ese lugar (es otra decisión libre), pero me pregunto de qué sirve acojonar a la gente sin proporcionar ninguna alternativa. De qué sirve hablar del «odio» como algo contagioso si no hablamos de qué busca la gente que odia, los que lo promueven y los que lo compran. ¿La solución está en prohibir el consumo de determinados contenidos? ¿En vigilar a los chicos obligándoles a que dejen la puerta abierta de sus habitaciones? Esta forma de verlo está teñida de un adultocentrismo que hace pensar que los chicos no pueden alcanzar un pensamiento crítico con respecto al mundo y a lo que ven. ¿Se pueden contar las cosas de otra manera más compleja que no sea a través del escándalo? ¿Se puede alertar de un peligro sin caer en esencialismos y simplificaciones? Se puede, claro que se puede, pero eso no da visitas, ni *engagement*, ni